

REVISION Y CAMBIOS EN EL "TERCER MUNDO" DESPUES DE LA FRUSTRADA CONFERENCIA DE ARGEL

En la tarde del lunes 1 de noviembre, los ministros afroasiáticos de Asuntos Exteriores, reunidos en Argel, tomaron la decisión de aplazar con carácter indefinido la proyectada Conferencia Cumbre afroasiática, que ya había sido diferida en junio, después de haberse preparado como una continuación y conmemoración de la Conferencia de Bandung en 1955. La noticia del nuevo aplazamiento, que de hecho puede equivaler a una suspensión, fué acogida e interpretada en los círculos políticos y diplomáticos vinculados con la O. N. U., como una confirmación de lo que allí se venía afirmando insistentemente con carácter privado; es decir, que las teorías sobre las semejanzas y las solidaridades afroasiáticas tenían más de simbólicas que de efectivas. Por otra parte, ha habido muchos comentarios que en los artículos de fondo de la prensa europea han exagerado su convicción de la posibilidad de que la decisión tomada por los ministros del Exterior congregados en Argel sea, más que un aplazamiento, una disolución disimulada. En tal caso, el hasta ahora denominado "tercer mundo" habría dejado de existir. Sin embargo, ya desde que comenzaron los preparativos de la reunión de junio, pudo decirse que, lo mismo celebrándose que no, y tanto con éxito como con fracaso, el primer aniversario de Bandung constituía la mejor ocasión para hacer una revisión completa de la situación del "tercer mundo", sus aspiraciones y sus dificultades.

Después ha podido también observarse que otros acontecimientos sobrevenidos durante los meses recientes han contribuído a subrayar con mayor energía la necesaria revisión del concepto del que ha sido o ha parecido ser "el mundo de Bandung". Así, la guerra, y luego el inestable alto el fuego, entre la India y Pakistán; es decir, dos de los primeros países que prepararon el congreso de Bandung. Casi a la vez tenía lugar en Casablanca la tercera Conferencia Cumbre de la Liga de los Estados Arabes. El 24 de octu-

bre se cumplió el vigésimo aniversario de la firma de la Carta de las Naciones Unidas. Del 21 al 25 fué en Accra la tercera Conferencia Cumbre de la O. U. A. u Organización de la Unidad Africana. Y por último, sigue pareciendo muy posible la asistencia de bastantes representaciones de países africanos y asiáticos a la llamada "reunión de tres continentes" que tendrá lugar en La Habana, en enero de 1966. El fallo de Argel se inscribe así dentro del engranaje de un conjunto de cambios y revisiones entre los cuales Argel ha sido por unos momentos el eje.

Según se sabe, los primeros antecedentes del segundo congreso de Estados afroasiáticos fueron, en los comienzos del corriente año, los que giraron en torno a las iniciativas oficiales de los gobernantes de Indonesia, puesto que en Indonesia tuvo lugar la reunión inicial de Bandung. El empeño indonesio de que se celebrase la reunión de Argel en el décimo aniversario de la otra, aparecía calurosamente sostenido por la China Popular. En realidad, los dirigentes de Pekín eran quienes habían venido poniendo mayor empeño (desde todo el año 1964) en que hubiese un segundo congreso afroasiático. Tanto el primer ministro Chu En-lai como el ministro de Asuntos Exteriores, Chen Yi, habían preparado a este efecto un equipo de consejeros competentes. Los jefes de Pekín pensaban que la Conferencia podría llegar a ser una especie de tribunal abierto, donde se condenase tanto la política norteamericana en Vietnam como la línea de coexistencia que sigue la U. R. S. S.

Sobre el sitio de celebración, desde el primer momento existía unanimidad entre los organizadores para que fuese Argel, como capital de un país que había llegado a ser considerado símbolo de la emancipación anticolonialista. Aunque los gobernantes argelinos alegaron la necesidad de completar sus preparativos, y por eso hubo dos sucesivos aplazamientos de fechas desde el 10 de marzo, para el 20 de mayo y el 24 de junio.

El especial interés chino se desbordó poco a poco sobre los trabajos de organización de la reunión en preparación, trabajos que habían sido confiados a una reunión previa de ministros de Asuntos Exteriores. Desde mayo, la inminencia de la conferencia afroasiática cristalizó en torno suyo todos los acontecimientos políticos. Con ella estuvieron en relación directa tanto la visita hecha por Chou En-lai a Tanzania, como la negativa de Kenya y otros países negros a imitarle. Entonces comenzó a notarse que si China era el mayor acicate para la reunión de Argel, a la vez constituía, paradójicamente, su mayor freno. China procuraba crearse previamente una plataforma de países que formasen barrera, para no dejar que la U. R. S. S. asistiese, invocando la

existencia en su seno de varias repúblicas centroasiáticas. En aquellos momentos la oposición ruso-china no se apoyaba en las diferencias tácticas e ideológicas dentro de sus sistemas comunistas, tanto como sobre las diferencias de sus puntos de vista respecto a la resistencia anti-estadounidense en el Vietnam. Así, lo ruso-chino quedaba recortado dentro de lo asiático. A la vez volvían a resurgir las pugnas indo-pakistanas sobre Cachemira, la de Malasia e Indonesia, etc.

Aquellos fueron también unos momentos que parecieron estar a la medida de los deseos y orientaciones de la R. A. U., cuyo creador y jefe del Estado, Gamal Abdel Nasser, resultaba ser el político más caracterizado para predicar la moderación y la concordia. Abdel Nasser, que ante el sector occidental de la pugna de grandes potencias había sido el definidor y primer propagador de la "no-alineación", se dispuso a intentar otra acción de mutuo compromiso de buena fe en el sector asiático. El plan de Nasser era gestionar que en Argel sólo se tratase de un apoyo mutuo para las reuniones político-sociales y económicas de los afroasiáticos en lo mundial (sobre todo formando bloque dentro de la O. N. U.) y de un aplazamiento de los pleitos bilaterales. Por eso, desde El Cairo se invitó a las mayores personalidades del considerado "tercer mundo", y en El Cairo se entrevistaron sucesivamente con Abdel Nasser el jefe del gobierno indio, Bahadur Sastri; el primer ministro malayo, Tunku Abderrahmán; el jefe del Estado del Pakistán, Ayub Jan; el primer ministro chino, Chou En-lai, y otras personalidades de Indonesia, Africa negra, países árabes, etc. En resumen, se llegó a un acuerdo sobre que en Argel se tratarían temas generales, y el problema de la asistencia soviética fué confiado a la previa conferencia de ministros de Asuntos Exteriores que tendría lugar antes de la Conferencia general.

El 7 de junio se anunció en Argel que estaba preparada la sede del congreso afroasiático en el Club des Pins (a 20 kilómetros de la capital), así como cinco hoteles y 335 villas para alojamientos. Se contaba con la asistencia de delegaciones oficiales de 65 países, de observadores procedentes de Hispanoamérica, y por lo menos 1.000 periodistas de todo el mundo.

Entonces sobrevino en Argel el golpe de Estado del 18 de junio, con la brusca caída, eliminación y desaparición de Ahmed Ben Bella, a cuyo empeño se había debido que Argel hubiese sido elegida para la simbólica repetición de Bandung a la mayor escala posible.

La tensión violenta y la incertidumbre política argelina de los primeros momento se reflejaron entre los delegados que habían ido llegando desde

diez países; los de otros catorce, que estaban en camino, y los de otro dieciocho que no se decidían o estaban a la expectativa de los acontecimientos. El incidente de la explosión de una bomba en el edificio del Club des Pins, ayudó a iniciar la desbandada. Y una comisión preparatoria (que a su vez debía haber preparado la reunión de los ministros del Exterior), decidió, el 26 del mismo junio, que todo se dilatase hasta el 5 de noviembre.

Entonces volvieron a deliberar en El Cairo los "grandes" del arabismo y el asiaticismo, que no habían llegado a ir a Argel, y se disponían a regresar a sus países. Fruto de aquella segunda tanda de conversaciones fué el comunicado conjunto que el 20 de junio dieron Abdel Nasser, Ayub Jan, Chou En-lai y Sukarno, confirmando su firme determinación de que la Conferencia de Argel se celebrase en todo caso el 5 de noviembre. Los cuatro de aquella "pequeña cumbre" dijeron que actuaban en virtud de un principio abstracto de "paz internacional". Aunque los comentarios maliciosos hechos en ciertos círculos arábigos hacían suponer que el comunicado común de los cuatro era una especie de ultimátum para impedir que el nuevo régimen argelino del coronel Bumedián campase por sus fueros.

Por su parte, Bumedián se mostró en el primer momento conciliador con el empeño de "los grandes de El Cairo", puesto que la opinión argelina seguía considerando que no debía variar el plan de que el "segundo Bandung" se celebrase en Argel, lo cual constituía lo que los argelinos llamaban "una consagración brillante de nuestra lucha por la independencia". Pero Bumedián, después de repetir esta misma frase general, comenzó a expresar sobre el afroasiaticismo, el "tercer mundo" y el anticolonialismo unos puntos de vista muy diferentes a los que habían venido predominando. Así, en un comunicado especial titulado "La república argelina frente a sus posibilidades", Bumedián dijo categóricamente respecto al *tiers monde*, que la independencia política no puede constituir un fin por sí misma, puesto que, privada de bases económicas, es tan precaria como vana. Luego añadió: "¿Cómo puede el "tercer mundo", con una economía dominada y en orden disperso tener la ambición de desempeñar el legítimo papel que le corresponde?", y ponía a Argelia como ejemplo del empeño que los pueblos en vías de desarrollo han de poner en contar consigo mismos.

Esta fórmula del desarrollo antes que el verbalismo, y de lo constructivo antes que lo polémico hizo que entre agosto y septiembre la mayor parte de los esfuerzos del nuevo régimen de Argel se consagrasen a una labor de establecer o consolidar vínculos con los países de Africa Negra. Así fué con el

viaje del ministro argelino del Exterior, Abdelaziz Buteflika, a Guinea y Ghana, así como el del ministro de Información, Bachir Bumaza, a Kenya, Tanzania, Uganda y Zambia. En cuanto al grupo de Estados francófonos de la Organización Común africana y Malgache, ya desde el primer momento habían tenido cuidado de actuar prudentemente, y no comentar de ningún modo la política de Bumedíán y sus colaboradores.

Después llegó la tercera decena de octubre, que comenzó con las deliberaciones en Argel de una comisión preparatoria, cuyas sesiones interminables se prolongaron hasta la madrugada del 26, sin haber podido resolver el gran impedimento de que desde el primer momento China se negara a enviar representaciones a la anunciada Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores, y propuso que la Conferencia general volviese a aplazarse. Los delegados de 41 país se mostraron partidarios de que la reunión cumbre se celebrase, a pesar de todo, mientras siete se pronunciaron a favor del aplazamiento y 16 no expresaron su opinión.

El día 27, China reforzó su oposición mediante la publicación de una declaración en la cual el Gobierno de Pekín manifestaba solemnemente que de ningún modo participaría en la segunda conferencia afroasiática. Entonces hubo unos momentos en los cuales la mayoría de los delegados en Argel de las naciones que deseaban la celebración, molestas por la actitud china, pensaron adelantar como un hecho consumado algo que se consideraba reservado para tratar en la Conferencia de ministros del Exterior; es decir, la formal invitación para que asistiese la Unión Soviética.

Sin embargo, parece ser que cuando los miembros de la comisión preparatoria consultaron a sus gobiernos, éstos no se atrevieron a plantear el caso ruso-chino como una resolución forzada; e incluso algunos opinaron que un congreso afroasiático sin China perdería todo carácter, por ser China el país mayor. Otros menos chinófilos no se atrevían a romper abiertamente con Pekín, y no faltaban los gobernantes que al embrollar el caso ruso-chino temían ser acusados de capitular ante el colonialismo. Así, cuando el 2 de noviembre los ministros de Asuntos Exteriores terminaron en Argel una tanda de sesiones continuas que duraron tres días (entre confusiones y dudas), decidieron que la Conferencia se aplazase con carácter indefinido, dieron un comunicado en el cual no se citaba a nadie ni se explicaba nada.

La resolución y el comunicado se limitaban a “lamentar la ausencia de numerosos países invitados”, “a proclamar que el momento presente no es propicio” y a solicitar que todos los países interesados “que no descuiden

ningún esfuerzo para crear las condiciones necesarias" a la futura reunión señalada, pero no fijada, en la misma Argel.

Los comentarios inmediatos ante la resolución de la suspensión fueron tanto en la prensa de Europa Occidental como en los círculos políticos del Oriente Medio, casi unánimes en la convicción de que dicha resolución puede haber señalado el comienzo del fin del afroasiaticismo global, del "tercer mundo" como conjunto homogéneo, y del espíritu de Bandung como teoría.

En una segunda etapa de comentarios menos apasionados, que no sólo tenga en cuenta los hechos bruscos, sino las líneas de las evoluciones, se evidenciará que el concepto del referido "tercer mundo", más o menos neutralista, había comenzado a declinar cuando las relaciones entre las máximas potencias de Moscú y Washington entraron en etapas más tranquilas. (El "espíritu de Bandung", considerado como una especie de balancín de los pueblos ex coloniales, y a veces como un regateo, entre los más fuertes poderes mundiales, se fué deshaciendo al ir desapareciendo la "guerra fría", y con ella la necesidad para los "grandes" de ganarse amistades entre los afroasiáticos neutrales.)

También se ha comprobado ahora que el mayor defecto del concepto del referido "tercer mundo" era el de no basarse en afirmaciones, sino en negociaciones. Casi todos los países que lo componían (o creían componerlo) sólo tenían en común ciertos principios verbales, como sus declaraciones de anti-imperialismo, anti-colonialismo, no-discriminación racial, etc. La rápida emancipación de la mayor parte de los países antes dependientes y sus incorporaciones a la Organización de las Naciones Unidas en plan de igualdad, han hecho que las reclamaciones de Bandung hayan perdido casi todo el terreno en que aplicarse; a la vez que dentro de las filas de lo afroasiático ha surgido el mayor nuevo imperialismo: el de Pekín.

Queda, sin embargo, una nueva gran posibilidad al conjunto de las naciones y los pueblos que han sido o se han considerado oprimidos y desplazados; es decir, la de una reagrupación de países subdesarrollados (como los de Africa negra) o solamente restringidos (como el Japón); reagrupación no basada en abstracciones geográficas y tácticas, sino en necesidades económico-sociales. Estó se había notado ya el año 1955 en el propio Bandung (aunque quedase en segundo plano después del anticolonialismo). Volvió a imponerse como realidad urgente cuando los días 16 y 17 de junio de 1964 se efectuaron en Ginebra unas reuniones para estudiar el modo de que la proyectada segunda reunión, al estilo de Bandung, se celebrase con un contenido

sobre todo económico. Aquellas reuniones fueron en cierto modo paralelas a la conferencia internacional para el comercio que tuvo lugar dentro del ambiente de la O. N. U. La conferencia del comercio se consideraba más completa, porque figuraban los países hispanoamericanos; pero las conversaciones de los afectos al sistema de Bandung se consideraban más prometedoras, porque eran el único modo de que actuase China mientras ésta no fuese miembro de la O. N. U.

La exagerada politización de los gobernantes de Pekín hizo que ya desde aquel momento de 1964 fallasen los intentos ginebrinos, porque incluso en el terreno económico lo que los chinos deseaban era polemizar en contra de los residuos de la colonización en Africa tropical y atraerse así clientes o asegurarse bases de penetración.

Este ha sido luego uno de los factores que han influido en que el aplazamiento de la reunión de Argel se haya considerado como un fracaso de la política exterior pekinesa. Porque al negarse a excluir a Rusia de las futuras empresas afroasiáticas de conjunto, los representantes de los países reunidos en Argel no sólo han tenido en cuenta el peligro y las amenazas de las expansiones del régimen de Mao Tse-tung contra la India, Indonesia, Birmania, Nepal, etc., etc., sino el hecho de que en sus desarrollos técnicos China no les ayuda, pero Rusia sí. Incluso en virtud de teorías fijas, como la que a fin del pasado octubre expresaba *Pravda* de que es preferible ayudar técnicamente a los países subdesarrollados, antes que prever “una nivelación internacional que desacreditase al socialismo sin mejorar con ello la situación de los demás países”.

En Argel, el mismo Huari Bumedián, al hacer su declaración general sobre la necesidad de que el anterior “tercer mundo” se rearticule o reorganice sobre sus recuperaciones económicas, sustituía ya las frases de “pueblos afroasiáticos” y “pueblos descolonizados”, por la de “pueblos desheredados”. También en El Cairo el oficioso diario *Al Ahram* publicaba, en su número del 15 de junio, un artículo de fondo insistiendo en que si los países afroasiáticos quieren existir e imponer su existencia al mundo que les rodea, tienen que procurar ante todo compensar sus mutuas economías y sus fuerzas de trabajo. Y después del aplazamiento de la reunión de noviembre, tanto en los círculos políticos de Damasco y Beirut como en el punto de observación de Tánger, se admitía que la reconstrucción del afroasiaticismo sobre bases más sólidas, sólo es posible con la emancipación económica. Es el punto de vista que predomina en los países árabes.

RODOLFO GIL BENUMEYA

En último término, el fracaso de la nonata Conferencia afroasiática de noviembre habrá servido para demostrar que las mejores esperanzas de evolución y sostenimiento del mundo subdesarrollado, respecto a sí mismo y a sus relaciones con las grandes potencias mundiales, siguen siendo las que existen dentro del cuadro de la O. N. U. El fallo de Argel ha demostrado, desde luego, cómo no es una paradoja el hecho de que al crecer en número y potencia el conjunto de los países que invocaban el "espíritu de Bandung", disminuyese su cohesión y su solidaridad; lo cual se explicaba porque al ganar en extensión perdían en intensidad; es decir, se inflaban y descen-traban. Pero si el factor de la masa y el número ha perjudicado a los del ex tercer mundo en su aislamiento, en cambio les beneficia para la acumulación dentro de la Organización de Naciones, en la cual la conmemoración de su vigésimo cumpleaños ha coincidido con el apogeo de las representaciones afroasiáticas, que cuentan casi 60 miembros en un total de 117.

Después de todo, las distintas efemérides del mundo subdesarrollado en 1965 habrán servido para demostrar que si Bandung inició la consagración oficial de los intereses afroasiáticos dentro de lo universal, la O. N. U. ha constituido hasta ahora la única estructura permanente en la que la acción de los países de Bandung se haya ejercido de un modo continuo y positivo.

RODOLFO GIL BENUMEYA.